

## UNA PAGINA DE P. GROUSSAC

(TEXTO Y COMENTARIO)

### EL "VERBUM" DEL MAESTRO

... Fomentemos el estudio desinteresado, que es una escuela de virtud, como que entraña el sacrificio voluntario de muchas satisfacciones sensuales, y en el esfuerzo solitario de la mente hay siempre un acto de abnegación. Los trabajadores intelectuales, sea cual fuere el éxito de nuestra labor, hacemos voto de pobreza: somos la tribu de Leví, que sólo vivía del culto y quedó excluida en el reparto de Canaán. . . El programa del hombre que vive para pensar, sobre todo en estas sociedades embrionarias y entregadas al afán material, comprende desde luego la abstinencia del placer y el olvido del aplauso frívolo, que la opinión vulgar sólo tributa al que se le parece; quien se preocupa de lo que pasa no es digno de lo que dura, y el desdén del éxito es el principio de la sabiduría. No se me oculta que tal renunciamiento al reino de este mundo sería una pésima regla de conducta para la mayoría social, pero es indispensable en cualquiera nación esta minoría que no hila ni teje, y, según la palabra del Evangelio, es la sal de la tierra. Por otra parte, la senda estrecha es la menos expuesta a la obstrucción. . . Caminemos con los ojos fijos hacia arriba, allá donde resplandece más claro el nítido cielo azul, patria divina de las almas para el creyente, infinito semillero de mundos para el incrédulo; pero, para uno y otro, región inmutable de lo absoluto que nos incita a meditar sobre nuestra mudanza y pequeñez, y, con la contemplación de lo eterno, distrae nuestro cuidado de lo efímero.

Sometámonos a las leyes naturales, como quiera que no piden nuestra aquiescencia para cumplirse. Aceptemos sin murmurar nuestro destino, aun despojado de toda perspectiva de ultratumba — hasta de aquella fata Morgana de la gloria cuya ilusión sublime consolara a los genios y a los mártires. El antiguo incentivo de una supervivencia nominal se torna más y más una quimera; y nuestras apoteosis de diario, acuñadas en plomo que luego se refunde, representan el vellón paródico de la inmortalidad. No se reconstruirá el Panteón de Agripa. En adelante, la marcha colectiva de la humanidad, huérfana de semidioses y héroes, remedará más y más el movimiento solidario de no sé qué trust monstruoso y absorbedor del accidente individual. Los filósofos modernos, que miran en la heterogeneidad creciente la misma ley del progreso, se han inmovilizado en el punto medio de la evolución, como los químicos que todavía descubren cuerpos nuevos: unos y otros edifican ciencia provisional; la definitiva será la síntesis que reduzca todas las variedades a la unidad. El hombre futuro, molécula consciente adherida por un día a una masa inconsciente, sólo podrá perpetuarse impersonalmente, incorporando a la obra perdurable de la civilización su esfuerzo pasajero y oscuro. A este edificio milenario y nunca terminado, cada generación agrega su hilera de piedras, primorosamente esculpidas y firmadas algunas, vulgares y anónimas las más, pero unas y otras indistinguibles a tal altura para la muchedumbre que, desde el suelo, discierne apenas las más cercanas a la base. Bástenos, pues, saber, escultores o canteros, que el sillar por nosotros allegado al monumento participa de su relativa eternidad, para que podamos también decir: non omnis moriar — y no sea esta esperanza suprema una suprema ilusión.

\*

\*      \*

La crítica de la obra de Groussac se funda en el principio manzoniano: "ai posteri l'ardua sentenza". Sólo es posible concretar, hoy por hoy, puras y genuinas impresiones. El tiempo

purificador hará desaparecer todos los posibles enojos o rencores interesados, y eliminará también los excesos del entusiasmo afectivo. Entonces, y sólo entonces, dentro de la relatividad del juicio humano que, como dice Dante, "*si spesso erra*", surgirá la sentencia serena y objetiva de la historia.

En la hora de hondo dolor que los trabajadores intelectuales experimentamos por la muerte de Groussac, nos parece oportuno sorprender, por así decirlo, al Maestro en el momento culminante de su actividad, en su refugio de silencio y estudio, que nunca abandonó, hasta el instante en que también él tuvo que atravesar la senda fatal, por la cual tantos ojos nubláronse de lágrimas.

Pertenece, en efecto, la página que hemos reproducido, al discurso inaugural del edificio de la Biblioteca Nacional, pronunciado el 27 de diciembre de 1901, fecha en la cual abriáanse, por fin, a todos los amigos del saber y clientes del libro "aulas silenciosas, dos veces iluminadas por los reflejos del cielo y los del espíritu".

En esa notable alocución está toda el alma de Groussac. Hasta su responsabilidad como extranjero, hállase definida con toda sinceridad en estas palabras: "los extranjeros, que, como dice Byron, aunque viviendo entre vosotros sin ser del todo vuestros — *among them, but not of them* — participamos de vuestras alegrías como de vuestras inquietudes, y aun más que otros los que, para quitarles toda insulsez, solemos dar a nuestras simpatías la forma poco grata de la crítica" (1).

Ni falta la ironía "spietata". Como prenda de bienvenida, el señor Director había ofrecido a la concurrencia un folleto, en que se resumía la historia de la secular institución, cuya segunda etapa inauguraba. — "Comprendo — dijo — que mi regalo

(1) Cabe señalar que a ningún hombre, más que a Groussac, podría aplicarse el principio sostenido (sin vanas, estúpidas o interesadas renunciadas a la patria de origen) por nuestro buen amigo y maestro en esta casa de altos estudios, doctor Jakob: "*Ubi labor, ibi patria*". Y bien hizo el ilustre historiador Correa Luna al afirmar, en su conmemoración tan ecuánime, que "este ilustre francés era un gran argentino". En realidad, lo genuino francés en Groussac se reduce a ese *Paul* con que firmó siempre todas sus obras, por efecto, quizás, de su exquisito sentido estético. Por análogo pretexto idiomático hubiera firmado *Juan*, si el bautismo, en su patria de origen, le hubiera impuesto el *sesquipedaneus* nombre "Giovanni".

modesto no ha sido del todo inoportuno, viendo cómo algunos de mis ingeniosos oyentes lo están esgrimiendo a guisa de abanico. . .”.

Concentrada en las pocas líneas orgánicas y substanciales del citado discurso de 1901 está toda la obra fecunda y lucífera de Groussac: su estilo siempre tan cuidado y correcto, que revela el gran esfuerzo que la expresión definitiva, libre de toda vaguedad fraseológica, ha costado a su autor (*tarde scripsit*, como Persio); su método de investigación laboriosa, tantas veces definido *passim* en sus obras; sus escrúpulos de exactitud; sus prédicas incesantes por la seriedad del estudio y el respeto a la verdad; sus deberes de gratitud; su afán de estampar huella profunda y perdurable en almas juveniles merced a la influencia del hábito y el ejemplo de la conducta; su probidad moral que se identifica con la probidad científica; su celo desinteresado; sus *digresiones*, ajenas, en apariencia, al asunto principal en el trabajo; sus nervios y su, en el fondo, inocua, *splendida bilis*, que penetró en sus venas, cuando, adolescente, estudiaba la sátira latina; y . . . hasta los afectos de *Groussac íntimo* revelado por la pluma ágil y firme de Correa Luna. . . Todo está en su discurso. . . y algo más. Está la página que hemos reproducido arriba. Una revelación. Un rayo luminoso de su conciencia ética.

Por amor de Dios, no llamemos *filósofo* a Groussac, por su referencia a la teoría de la evolución; teoría superada por él mismo, como el lector habrá observado, en su afirmación explícita de la exigencia de una unidad última. Llamar *filósofo* a Groussac equivaldría a que la historia de la música anotara entre los pianistas al grande estadista J. B. Alberdi por haber escrito un tratado sobre el arte de estudiar el pianoforte. No. Groussac es el cantor que en esa página se embriaga con su canto. Es la expresión del buen sentido natural de un artista, de un poeta: ese “*buon senso*” que, según el conocido epigrama de Giusti, “*fu già caposcuola: or dalle scuole é bandito affatto; la scienza, sua figliola, l’uccise per veder come era fatto*”. La insuficiencia misma de su preparación filosófica, que se revela a cada instante, en especial cuando insiste tantas veces sobre la idea de verdad, sin la menor preocupación por alguna de las innumerables cuestiones gnoseológicas, epistemológicas y axioló-

gicas que esta palabra encierra, le permite elevarse, como virgen purísima, sobre las tres formas del dogmatismo moderno, que se llaman *cienticismo*, *estetismo* y *filosofismo*. Dice el cienticismo: la ciencia de hoy tiene conciencia de poseer la certidumbre, porque descansa sobre los hechos y lo lógico. El dominio entero del ser ha caído en manos de la ciencia. No sólo *mide* y *calcula*, sino que tiene en su poder los fenómenos no mensurables (vitales y psíquicos), según el método de la *equivalencia*, que substituye los fenómenos no mensurables en sí mismos por los fenómenos directamente mensurables ligados a los primeros. El calor, por ejemplo, no se mide directamente, sino por la altura de una columna de mercurio.

El estetismo, en un sentido diametralmente opuesto, reclama para sí la independencia y soberanía del arte, la supremacía de la vida y la intuición, concebidos como principios primeros de la existencia y del conocimiento; y afirma el carácter sobrenatural y como divino del genio, que es potencia infinita e indeterminada de creación. No está comprobado por la ciencia que la personalidad humana no sea más que una apariencia, y que la cultura humana deba reducirse a una aplicación pasiva de las leyes fatales que son propias, según la ciencia, de la vida del animal o del vegetal. El filosofismo hace la parte del león. Se traga todo el universo, y aun sus jorobas. Cae en el exceso opuesto, *a parte subjecti*, al del dogmatismo que se llama "realismo ingenuo", por ser prolongación de la seudociencia que no reconoce distingos entre cualidades y cantidades, realidades y abstracciones; cree resuelto un problema cuando, eliminando todo lo que no se deja someter a conceptos claros, deduce de algunos principios, plausibles en sí mismos, consecuencias lógicamente correctas; no ve la complejidad y las obscuridades de las cosas reales, y todo lo juzga según principios exactos y absolutos.

Groussac proclama la unidad incorruptible del espíritu, en la variedad inagotable de sus aplicaciones a la ciencia, la industria, la agricultura, el comercio, la navegación — y hasta la guerra (dice) — por un lado, y por otro en la vibración luminosa que hace soñar al poeta y meditar al filósofo. La fuerza del espíritu que escudriña regiones inexploradas en el dominio de la naturaleza, esto es, la fuerza del sabio que descubre relaciones

ideales nunca observadas, es también la fuerza del poeta en su creación original. Como se ve, sin haber leído a Meinong, admite, por obra de su intuición natural, la anterioridad del *experimentum mentis* al *experimentum crucis* del laboratorio.

Punto de convergencia y de unión inscindible de todos los espíritus, "escultores o canteros", "brazos y cerebros solidarios" en el "trust monstruoso y absorbedor del accidente individual" es el trabajo. — "Intentaré, decía, agrupar en este mismo sitio (la Biblioteca) un pequeño núcleo antiséptico; no espero, ni acaso deseo, que sea numeroso: me bastará que corresponda al racimo de justos de los rescates bíblicos. Confío en que algo útil haremos aunando nuestras buenas voluntades, sobre todo si no me faltan las fuerzas y el agotamiento presente no es definitivo. Soy, como véis, un soñador incorregible; creo que he salvado para siempre el escollo que amenaza al hombre en el umbral de la vejez, y es el escepticismo desencantado que impele a los que vuelven del viaje a contar sus decepciones a los que van. Es una debilidad que esteriliza la experiencia. Sin duda, a nuestra edad, la vida es un vagar por un bosque de otoño: yacen por el suelo los antes verdes y sonoros follajes, y esta alfombra descolorida que hoy pisamos era ayer la bóveda sombría que cobijaba nuestros ensueños. Pero ¿a qué rastrear en la tierra las sendas ya borradas y llenas de hojas secas?"

Y ¿la "verdad", tantas veces invocada por Groussac, como norma de conducta? En realidad, más evidente resultaría su pensamiento, si a la palabra *verdad* hubiera substituído, en muchos casos, la palabra *sinceridad*, en cuanto se identifica la probidad científica con la probidad moral del investigador. También habla Groussac, a menudo, de justicia y de progreso como perfeccionamiento indefinido de lo que existe.

Como se desprende de muchos pasajes de su obra, el progreso moral tiende, según el maestro, a una forma de justicia superior, en la cual las desigualdades inevitables de la existencia sean mitigadas o anuladas, y se reconozca como deber lo que en un orden menos perfecto aparece como caridad o como merecimiento.

Queda el hemistiquio "*non omnis moriar*". Por supuesto, no puede relacionarse con el monumento definido por la vanidad de Horacio: *aere perennius*. Su renuncia a la *fata Morgana* de la gloria es bien clara y categórica.

Evidentemente, la "relativa eternidad" a que aspiró el llorado Groussac es la de la "molécula consciente adherida por un día a una masa inconsciente", y que se perpetúa de modo impersonal, "incorporando a la obra perdurable de la civilización su esfuerzo pasajero y obscuro". Estas palabras revelan toda la grandeza de la conciencia y la ética de Groussac. Dice el poeta italiano: ". . . sol chi non lascia ereditá di affetti poca gioia ha dell'urna". Pero, los afectos, a la par que la supervivencia nominal, se van fatalmente como hojas secas dispersadas por el frío viento del otoño. Incentivo supremo de la actividad de Groussac fué hacer algo digno de perpetuarse en el gran devenir de las futuras generaciones. Ese espíritu superior sintió, en toda su abnegación y renuncia al éxito interesado, la responsabilidad de su conducta frente a las nuevas generaciones.

*Date lilia manibus plenis. . .*

JUAN CHIABRA.